

y más aborrecible de todos sus enemigos entonces; que mil veces le había prometido el Rey la joya y mil veces habíala rechazado ella; pero los testigos de cargo resultan un matrimonio desastrado, el cual no podía procurar su propio sustento sino por medio de crímenes; que había la Reina expresamente ordenado al joyero no le hablase de su joya, y hecho lo posible por no topar con él en parte ninguna; que sólo tuvo noticia de la compra cuando el mercader, burlado en sus cobros por el cardenal, fué casa de la Campan, célebre azafata, exigiendo el importe de la joya comprada por el malvado Rohan á nombre de Antonieta; que nunca ésta intervino en tal asunto como lo prueba la falsificación patente de su firma; que había puesto en los contratos el nombre á la soberana usual, añadiendo un genitivo «de Francia», jamás por ella usado; que califica de monedero falso en las cartas al malvado sacerdote, calificativo imposible de todo punto en una coautora del delito y cómplice del delincuente; que llamaba locaines á todos aquellos interpuestos entre la justicia y el reo; que muchísimo se perturbó éste cuando su crimen fué conocido, al encontrarse ante la Reina, quien le miraba con ojos acusadores, á los cuales convertía la vista el infame al suelo como un verdadero confeso y temblaba como un azogado; que todas las relaciones entre la Reina y cardenal fueron groseras urdimbres de la estafadora Lamotte llevadas al extremo de pedir al cuitado eclesiástico ésta le diese una refutación de los cargos dirigidos á él por la Reina en falsificada embustera nota; que á nombre de la Reina, todo poderosa entonces, había la manceba del cardenal sacado de éste con fútiles pretextos en dos ocasiones, una vez sesenta mil libras y otra cien mil escudos; que lo del collar debe considerarse como un copo echado por la estafadora de sus estafas, al bolsillo y fortuna de Rohan; que la tentación á cometer tal estafa provino de los mismos joyeros, quienes, engañados, cual todos lo estaban respecto de las relaciones entre Reina y aventurera, hubieron de recurrir á la segunda, interesándola en aquella compra; que tomó el cardenal por su propia mano de manos del joyero tal prenda y la llevó casa de su querida, quien se la entregó, escondido por la burladora el burlado en próximo gabinete, á un gancho suyo convertido en misterioso confidente de Versalles; que hubo durante aquella semana comida de aparato en palacio y Rohan preguntaba con extrañeza de todos y asombro, si Antonieta se había presentado con alhajas novísimas y con desconocidos brillantes; que cada día estaba el donador más nervioso de impaciencia y la tercera ó Celestina en aquellos amores y embustes más fecunda de explicaciones y excusas, que, habiéndole dado el joyero gracias por tal negocio á la Reina en carta escrita de su mano, echóla sin reflexión al fuego la carta creyendo loco de remate á su impertinente autor; que al vencer el primero entre los plazos de intereses, por el precio de adquisición y el retardo en hacerlo efectivo, la Valois llevó treinta mil francos al cardenal, diciéndole cómo la Reina se había servido darle tal suma, cuando había ella con empréstitos, empeños, chanchullos, ajustado: que, al vencer otro plazo, ya no pudo engañar la fingida confidente del Pala-

cio, á su engañado amante, y sospechó éste todo el engaño y todo el embolismo; que madame Lamotte, tres ó cuatro días antes de que descubriese á madame Campan la farsa el joyero, había huído, buscando asilo entre sus relaciones, y sin creer en la imposibilidad de ruidoso escándalo, entre cuyos incidentes correrían de un modo terrible los nombres de una Reina francesa y un cardenal romano; que todo fué la mejor y más bien montada estafa del siglo por una mujer infernal, quien creía sentir en sus venas la sangre de aquellos Reyes diabólicos de fines del siglo décimo quinto y principios del siglo décimo-sexto, los cuales Reyes nunca se habían parado ante ninguna barrera moral, ni tenido escrúpulos por sus crímenes.

La más reciente defensa de María Antonieta en la cuestión del collar es una contenida dentro del libro, cuyo primer volumen se publicó hace un lustro, y cuyo último volumen se ha publicado ahora, escrito por Máximo de la Rocheterie, muy realista de abolengo, y muy devoto de las dos dinastías heridas por la Revolución francesa en excelsos representantes suyos, muy devotos de los Borbones y de los Asturias. Para este gentilhombre se habían pervertido por tal modo en Francia las costumbres que no fué la estafa del matrimonio Lamotte la primera de que cayó víctima la Reina. Ya una señora Villier el año mil setecientos setenta y siete cometió dos veces consecutivas igual delito. Cogió un papel con su correspondiente membrete de la casa real, y fingiendo la firma de Antonieta, logró que le entregaran mil objetos de comercia varios comerciantes, y hasta doscientas mil libras un altísimo empleado en la Real Hacienda, Mr. de Boulanger. En mil setecientos ochenta y dos, otra fingida confidente de la reina supo apoderarse de su estampilla casa de la Polignac, y armó con este instrumento mil enredos, en cuyas redes intentó prender el honer de muchas personas y de Antonieta misma. En semejante perversión pública, nada tan fácil como que una Lamotte, descendiente de cien Reyes, cuyo abolengo se levantaba nada menos que á un regio nieto de Francisco I, se hiciese pasar por amiga de los Reyes y mangoneadora en los palacios. El Rey había hecho á un hermano suyo guardiamarino en las escuadras reales, y á una hermana suya monja privilegiadísima en los monasterios de su patronato; y con esta protección, arrancada por su apellido, puso un tren de casa, en que valían cien mil libras los platos y cerca de mil quinientas libras un pájaro automático. Mármoles relucientes, bronces antiguos y modernos, cuadros de galería, caballos de lujo superiores á cuantos los nobles mayores ostentaban en paseo, una casa que podía llamarse fastuoso palacio, librea en los domésticos de príncipe; joyeles y joyas de Reina; dinero á mano, cenas babilónicas, despilfarros continuos bastaban para mostrar á un calavera, como el corruptor y corrompido prelado, que se las había con una gran señora. Luego ella, si no hermosa, prestante, gallarda, de gracia muy atractiva, por tanto más seductora que la superior belleza; muy alta, pero muy esbelta; como una de esas grandes bocas que demuestran llana franqueza y enseña á cada momento lo blanco de su

perfecta dentadura y lo rosado de frescas y sanas encías; con un gran contraste artístico en su rostro por tener azules como una inglesa las retinas, y negros como una valenciana los párpados con las cejas; de aristocrática mano y brevísimo pie; la sonrisa maligna ó candorosa, según su voluntad, el alma, de suyo atravesada, y por lo mismo, con apariencias de cándida é inocente; poca su instrucción, mucho su talento; sin el grito de una conciencia viva y sin los escrúpulos de un honrado temperamento, se propuso influir, agradar, valer; y valió, agradó, influyó, pero pasando del trono de la moda parisién al jergón de las galeras públicas. Y tal mujer, que había conseguido todas estas granjerías, fingiéndose amiga de María Antonieta, no encontró más medio de propia defensa que acusar á la Reina y sostener como verdades los embustes dichos al cardenal en sus trapacerías; aunque se había visto en sus primeros interrogatorios obligada por las hábiles preguntas de sus jueces á declarar que nunca jamás hablara con la Reina. Un día del mes de Febrero en el año mil setecientos ochenta y tres, le presentó á la reina un memorial; pero sin que la Reina le hiciese caso, ni volviera la infeliz á recordar haberla visto en su vida. Y tan cierto es que todo fuera falsedad, como fué que se apresó en Ginebra, durante el transcurso argüísimo de tal proceso, al falsificador, al secretario de la perversa Lamotte, llamado Villeté, quien reconoció haber escrito de su puño y letra cuantas epistolas, notas y memorias se habían entregado al arzobispo de parte de la Reina. Con efecto, parece que así los dramáticos relatos de Michelet en este asunto, como las novelas y romances del inmortal inventor Alejandro Dumas, fueron extraídos de las notas dejadas por un señor como el abate Geörgel, grande amigo de Rohan, y que nunca se consoló de haber sido arrojado por Antonieta del feudo de su embajada en Viena, donde tanto se divertían y holgaban; de unas *Memorias* trazadas por el conde Beugnot, que se dejó embaucar por la criminal maga y se consagró á defender todas su infamias; de un libro apócrifo, imputado á Mademoiselle Bertin, modista de la Reina, embusterísimo libelo, cuya publicación armó tal escándalo, que los propios editores hubieran de confesar haber entregado al público una superchería, víctimas de un engaño.

El proceso demostró, sin embargo, como todos los odios de la corte se aglomeraban sobre la cabeza de la augusta mujer antes de aglomerarse los odios de Francia. El prelado Rohan, que tanto la calumniara, resultó inocente á juicio del tribunal y obtuvo del pueblo un verdadero triunfo. Su castigo se redujo á perder su destino. El proceso, concentrado en el delito de lesa majestad, hubiera podido perderle; pero restringido á la estafa, sólo buscó y encontró una víctima, la supuesta confidente y amiga de María Antonieta, la desgraciada nieta de cien Reyes. Sirviendo al hombre que la sacara de la miseria, siquier fuese por la infamia, quemó la Valois todos los papeles relativos á él, todas sus correspondencias, y se encontró sin defensa. Y esta defensa era bien fácil; pudo haber dicho: «recibí los diamantes pequeños, desmontados del collar que los joyeros entregaron al cardenal y el carde-

nal á un doméstico de la Reina; los recibí para venderlos en Londres de la mano misma del cardenal y le entregué su importe. Si con él se quedó, no es cuenta mía.» A la verdad no podría nadie extrañarse de ello cuando todo París sabía que sustentaba sus propias mancebas con el dinero de las limosnas, con el patrimonio de los pobres. Pero hubo una conjuración encaminada á perderla, porque se deseaba perder con ella á la Reina. El amago de encierro en aquellos húmedos calabozos subterráneos donde entraban las aguas del Sena y voraces ratas mordían el pecho, las narices, las orejas, los pies de los pobres presos; la amenaza del tormento, todavía no abolido, de un potro donde sus huesos se descoyuntaran, de un borcequí que deshiciera sus delicados pies, todo esto la intimidó de suerte que respecto á los poderosos complicados en el suceso impúsose silencio tan profundo como el guardado respecto á su amigo y amante el cardenal. Mas algunas veces no podía contenerse y estallaba su cólera. Contábase que había mordido á su carcelero. Como cierto testigo contradijera sus asertos, le arrojó un candelero á la cabeza delante de los jueces. Como el cardenal respondiera á una de sus declaraciones con un desdenoso «no es cierto», dijole: «Ya sabéis, señor, que desde el principio al fin de este proceso, ni vos, ni yo, decimos una sola palabra de verdad.» El Rey escribió una carta al Parlamento diciendo que la Reina no había recibido el collar y pagó su importe. Lo cierto es que la infeliz confidente recibió todo el peso de la desgracia en una horrible sentencia. La condenaron á azotes en su cuerpo desnudo; á marca infame con hierro candente en sus espaldas; á reclusión perpetua en la Salpêtrière, lugar inmundo, medio cárcel y medio hospital, donde se aglomeraban todas las mujeres perdidas por los más horribles vicios. Dormitaba una uañana en su catre de la Conserjería y la despertan y la conducen al espacio rodeado de una verja que separa la prisión de los criminales del palacio de la Justicia. Un cadalso se levantaba en aquel sitio. La sangre de los Reyes, arrancada á sus venas por la mano del verdugo de un Rey, debía manchar aquellas ignominiosas tablas. ¿Qué mucho, pues, si inmediatamente volvió á mancharlas arrancada por los verdugos de un pueblo? Cuando vió el aparato justiciero al tablado, los guardias, los sayones, los verdugos, las varas espinosas apercebidas, las manos de aquellas gentes sobre su cuerpo, á pesar de ir ligada y á sus ligaduras ceñidísimas, rugió como una leona, maulló como un tigre, despidió de sus ojos encendidos en ira relámpagos siniestros, forcejeó y resistió, ora arrastrándose como una serpiente por el suelo, ora irguiéndose con la majestad y la cólera de un águila herida, fuerte en su defensa material como el varón más entero, trágica en su desesperación como la más tierna y más delicada de todas las mujeres. Pero su furor no tiene límites, ni sus resistencias medida cuando intentaron marcarla. El hierro candente en manos del verdugo pronto á quemar sus carnes vivas, que chirriarían y humearían, ¡ah! no la causaban tanto horror como la eterna deshonra impresa y grabada en su alma con aquel instrumento de infamia. Así, forcejeó de tal manera que en vez de marcarle con el hierro ardiente la espalda, siempre más fuer-

te, la marcaron el delicado pecho, arrancándole un grito de dolor y un rechinar de dientes, cuyos ecos hubieran dado escalofríos á los condenados de la dantesca epopeya y de la capilla Sixtina. Pelada y afeitada la cabeza, magullados los músculos, heridos y marcados los pechos, envuelta la majestuosa figura en áspero sayal, entra por las puertas de aquella prisión de mujeres infelices, conjunto tremendo de todas las llagas sociales, depósito de inmundicias que levantaban la conciencia y el estómago; torcedor y potro de todos los tormentos, donde el aire hedía como un sepulcro entreabierto, donde los cancerosos andaban por todas partes, donde un gergón podrido servía para seis enfermos, gangrenados, donde resultaban compasivas y misericordiosas y dulces la agonía y la muerte. Un día quiso la princesa Lamballe verla de parte de la Reina y lo negó la superiora. Otro día le llevaron algún dinero de palacio. Por fin, se escapó una noche. Y al huir, su instinto volvió á conducirla á la tierra de sus padres. En pueblo de provincia no había posibilidad de mantener el incógnito de reo. Se recluyó en una caverna. Allí hubiera muerto de hambre á no haber recordado la condesa de Beugnot que guardaba dinero suyo y haber tenido el valor de llevárselo á la apartada madriguera. De allí se partió á Londres, pero con tal horror á los secretos de su propia conciencia que, como entraran varias personas misteriosas un día en su casa, arrojóse del balcón y rompióse la espina dorsal contra la acera. ¡Infeliz! La acusadora desapareció, pero en este drama terrible quedó completamente roto el antiguo régimen: la monarquía, la corte, la aristocracia, la magistratura y el clero.



CAPÍTULO DÉCIMO-NONO

Los ministros de Luis XVI

o podía evitarse la revolución, he dicho al concluirse los capítulos precedentes, y repito al comenzar este capítulo. Cuando se necesitaba un pensamiento concreto que guiase todos los esfuerzos de resistencia y un objeto determinadísimo á donde con seguridad y calma dirigirse, fluctuaba Luis XVI entre los pensamientos más opuestos y las resoluciones más contrarias. Había que decidirse, ó bien por una defensa desesperadísima de las viejas instituciones en que salieran triunfantes uno de los dos principios en lucha; ó bien por una serie de reformas, en las cuales negasen las concesiones del Rey hasta donde su trono se lo permitiera y las satisfacciones del pueblo no pudiesen llegar hasta las que fuesen incompatibles con los fundamentos de aquella sociedad levantada sobre tres privilegios capitalísimos; los privilegios del Rey, los privilegios del clero, los privilegios del noble. Mas para combatir se necesitaba mejor voluntad que la voluntad de Luis XVI; y para ceder, mayor inteligencia. Teníalas una y otra la Reina en grado máximo; pero, dominadas por la emoción, que tanto ministerio sobre su sexo ejerce y de la inconsistencia en el carácter y en el temperamento, que trae aparejado consigo el dominio absoluto de todas las emociones tiránicas. Para nada se necesita un punto de apoyo tan firme y una resolución interior tan entera como para resistir aquellos innovaciones que anima el espíritu de un siglo y están en la lógica de los hechos y en las fases de toda sociedad. El Rey no tenía idea y resolución alguna; la Reina cien ideas y cien emociones por minuto. Gustábale á éste la política; más por lo que tenía de dramática, de interesante, de propia para conjurar el hastío y entretener el ánimo, divirtiéndolo de otras emociones peligrosas que la Reina debía sentir, seductora circuida de seductores, pero que se hallaba resuelta de suyo á dominar por dignidad y por conciencia, en interés de su marido y de su trono. Pero, en esta capacidad para el sentimiento y en esta rebusca de la emoción, lo que adelantaba obedeciendo á las buenas impresiones, lo perdía obedeciendo á las buenas amigas. En cosa ninguna se necesita huir de arrebatos